

Dictaduras y conflictos sociales en los Estados africanos

FERRAN INIESTA

Universidad de Barcelona

RESUMEN

Más allá de los tópicos a los que suelen acostumbrarnos en muchos medios de difusión, esta exposición trata de describir los procesos del mundo subsahariano, analizando sus causas. Los límites del Estado poscolonial y los comportamientos sociales africanos ante la presión modernizadora serán aspectos básicos del texto, en los que se plantean algunos interrogantes sobre las perspectivas próximas de los países africanos.

1. EL ESTADO INDEPENDIENTE

En menos de una década, el continente africano ha pasado de una estrecha división entre Estados alineados políticamente con uno u otro de los bloques mundiales a una situación en la que sólo incide una orientación económica —la del FMI— y una concepción política, la democrático-parlamentaria. Si en los treinta primeros años de independencia pesaron con fuerza las estrategias poscoloniales de Francia y la URSS, con resultados más bien dudosos —Zaire y Etiopía sirven de ejemplos negativos— en la actual fase el proyecto política es de vía única. Cabe interrogarse, de todos modos, si hubo realmente dos modelos confrontados en el pasado reciente, pues los créditos financieros procedieron casi siempre del bloque del Oeste, mientras que los objetivos de todos los Estados —socializantes y liberalizantes— fueron los de una rápida modernización tecno-económica, con base desarrollista. Pero, aunque el discurso teórico fue de progreso, en los dos sectores alineados, la mayoría de nuevos Estados fueron escasamente interven-

cionistas en los procesos sociales y económicos, de tal manera que algunos autores no han vacilado en calificar a dichos gobiernos de inertes y neopatrimoniales. Asistimos desde 1994 a una recuperación de los índices productivos y financieros en casi todo el mundo subsahariano, que habían tocado peligrosamente fondo en 1990, aunque sea lícito cuestionar la continuidad de tales éxitos estadísticos una vez haya terminado la desestatalización general exigida por los organismos financieros mundiales.

2. LA SOCIEDAD NEGRO-AFRICANA

En los países negro-africanos parece cumplirse hasta la caricatura la teoría democrática de una bicefalia irreconciliable entre una sociedad civil, abandonada a sus fuerzas internas y un Estado superpuesto y capaz de cometer las peores barbaridades contra su población. No obstante, el concepto mismo de sociedad civil resulta de escasa aplicación en países en los que el pensamiento democrático —individualista y progresista— es inexistente fuera de reducidos círculos occidentalizados. Precisamente, han sido los Estados más inerciales y menos activos en forzar las transformaciones estructurales los que han gozado de mayor longevidad, y han podido reivindicar el relativo éxito de la estabilidad. Allí donde el Estado ha manifestado su vocación centralizadora y transformadora han estallado con virulencia conflictos religiosos, étnicos y económicos, pasándose de la milenaria diversidad en todos los aspectos a la crispación étnica, social y política. Incluso en los regímenes inoperantes o débilmente intervencionistas se han creado nuevos centros de poder —burocracias de Estado las llamaba Samir Amin— y en los más ricos en materias primas se han deprimido todas las áreas periféricas. Las sociedades negro-africanas no han cesado de levantar poderes alternativos, parciales o sectoriales, a unos poderes de Estado demasiado limitados y excesivamente alejados en sus proyectos de las dinámicas históricas de los pueblos: no se puede hablar de ilegitimidad de los nuevos Estados, pero sí de fragilidad extrema, paliada apenas por el escaso intervencionismo que los ha caracterizado. Cuando los regímenes desarrollistas, etnicistas o integristas han intentado imponer sus soluciones homogeneizadoras, las consecuencias han sido guerras de alta intensidad —Sudán, Etiopía, Ruanda, Angola, Chad, Mozambique— y fracturas profundas entre la mayoría social y los sectores amparados tras los resortes estatales.

3. EN LA FRONTERA DE OCCIDENTE

Desde hace ya más de cinco siglos, los observadores occidentales han situado a los africanos y su mundo entre los territorios de la curiosidad exótica y las impracticables regiones del tópic, de lugares comunes que luego resultan inhallables. Un siglo de colonización —menos, en muchos casos— no bastó para borrar los prejuicios anteriores, y cuando el movimiento hacia la independencia de Afroasia dio paso a las jóvenes generaciones occidentales opuestas a la colonización, el pensamiento occidental dio un vuelco espectacular, y las sociedades africanas fueron equiparadas a las del Norte o de cualquier otro punto del planeta: las teorías tercermundistas, de centro y periferia, señalaron que toda la responsabilidad se situaba fuera de África, que los Estados poscoloniales o eran revolucionarios o eran simples agentes del exterior y que nada justificaba un análisis distinto del Norte para estos países. Se ignoró así que las sociedades africanas son cosmocéntricas —y no antropocéntricas— y holistas —y no individualistas— para desplegar así el recetario desarrollista, el liberal o el socialista. Cuando actualmente, un investigador africano de envergadura como Mazrui plantea la necesidad de recolonizar África ante la imposibilidad manifiesta de que los propios africanos asuman la democracia (condición inexcusable de desarrollo), la gravedad del callejón sin salida al que se ha llegado se nos presenta sin paliativos. No se trata, una vez más, de la discutible dicotomía entre la buena sociedad civil y el mal Estado —tan extraño como un tumor— sino de la universalidad e ineluctabilidad del modelo moderno que Occidente propulsa en los últimos quinientos años, un modelo que en África hace aguas desde hace cuarenta años. Si el futuro continental será surafricano —siempre que el análisis de la RSA sea lineal, claro— o de otro(s) tipo(s), anda lejos de haberse dilucidado, por mucho que los expertos del FMI así lo hayan diagnosticado. La escasa pregnancia del propio Estado poscolonial puede servir de ejemplo para reflexionar.

Para un debate

CÓMO SERÁ ÁFRICA EN EL SIGLO XXI

I. Las hipótesis externas

1. El FMI y la teoría de las regiones útiles, como subcentros de desarrollo
2. El capital "flotante" y el despegue de enclaves privilegiados ("tigres" africanos)
3. Un continente siniestrado y núcleos extractivos bajo control internacional

II. Las hipótesis internas

1. La opción democrática
2. La vía autoritario-desarrollista
3. Clandestinidades neofaraónicas
4. Fuera de los límites modernos

EL SENTIDO DE UN BALANCE

Desde una óptica occidental, la situación política negro-africana destaca por sus anomalías: hambrunas, emigraciones masivas, guerras y dictaduras frecuentemente sangrientas son objeto de atención reiterada en los grandes medios de difusión escrita o audiovisual. Sería tarea vana tratar de negar esos hechos que los propagadores de sensacionalismos sirven asiduamente en nuestras mesas, sin producir ya la más leve indigestión. Podría hacerse un listado cronológico de desastres en el mundo subsahariano, y ello ayudaría a reforzar la sensación de aproximarse a un continente siniestrado, surgido de un inmemorial primitivismo y abocado a las peores desmesuras, miserias físicas y morales en el presente. Como se plantearon los ilustrados, cabría hoy la pregunta de si nos hallamos frente unas poblaciones directamente sacadas de un paradisíaco estado de naturaleza y lanzadas desconsideradamente al frenesí de las llamadas civilizaciones modernas.

La realidad, siempre compleja y de largo recorrido en el tiempo, apenas puede enterearse en las noticias que regularmente buscan acaparar la atención de ese monstruo de mil cabezas —exigente y manipulable— que es la

llamada opinión pública y su hija legítima, la recién nacida comunidad internacional. Por estas razones antepuestas, mi aportación a la reflexión no será tanto la cuantificación cronológica de traumas sociales y políticos en África, sino la de un esbozo de causas de corto y largo recorrido que ayude a entender los regímenes que han sido y los que son ahora en el África independiente, el significado de revueltas económicas y de otra índole, así como los obstáculos que impiden o destruyen los proyectos democráticos y de desarrollo. Aunque, como analista de la milenaria historia negro-africana, el autor está convencido de que los remedios que se avecinan tienen serias posibilidades de acabar con los males de los pueblos africanos mediante la simple supresión del enfermo, hará un esfuerzo de ecuanimidad tratando de explicar los procesos de crispación africana, de derrota —¿provisional?— moderna y de incertidumbre para futuros próximos.

Abordaremos, pues, aquellos rasgos más destacables del Estado independiente, de sus modelos de derecha e izquierda —aunque no responden a lo que se conoce en el Norte como tal— y su evolución en estas cuatro largas y duras décadas. Espacio primordial será el destinado a calibrar la discutida legitimidad de los nuevos Estados, y si ésta puede medirse con baremos de eficacia moderna o con otros de raigambre cultural africana. Y habrá que plantearse si puede hablarse en África de sociedad civil —separada cualitativamente del Estado— e incluso si aquel concepto revolucionario que franceses y norteamericanos difundieron doscientos años atrás se ajusta al menos a las culturas modernas de nuestro Norte. Etnia, religión, poder, riqueza, pero también violencia y miseria son aspectos de una compleja situación en que pasado y futuro perjeñan un presente de desajustes, desorientaciones y tenacidades ante el cual ni el Fondo Monetario aparece como profeta creíble. Por último, daremos una ojeada al conflicto entre sistemas de pensamiento que se han citado en África, en un marco mundial favorable a la alternativa moderna, pero un choque que sigue aún marcando las fronteras entre unas dinámicas africanas específicas y otras que ofrecen como solución la homologación del progreso y la democracia como la prevista por Mc.Luhan con su Poblado Tribal Planetario. De tan agitada realidad derivan los conflictos internos, las opciones parlamentarias y las prácticas autoritarias, según los casos ¿Quedaron atrás los más luctuosos estallidos sociales? El análisis histórico no permite un exceso de esperanza.

CUATRO DÉCADAS DE ESTADOS INDEPENDIENTES

Cuando en 1961, recién nacidas las primeras independencias africanas, una pluma occidental se alzó como sombría ave agorera con su célebre *África negra ha empezado mal* (Réné Dumont), la obra apareció excesiva y discordante en medio del cálido concierto de felicitaciones liberales y socialistas. Autores generalmente severos en sus críticas hablaron con simpatía de los grupos nacionalistas africanos y de sus posibilidades al frente de la nueva *África independiente* (Immanuel Wallerstein). La fuerza de los movimientos anticoloniales que llevaron al poder a dirigentes occidentalizados brillantes, y a veces incluso carismáticos, hizo prever a los analistas del Norte un pronto despegue de los países descolonizados, fuese por la vía del bloque liberal o por la del soviético. Quienes, aisladamente, tuvieron el coraje de anunciar la proximidad del lobo fueron, razonablemente, calificados de aguafiestas.

Sudán en 1956, Ghana en 1957 y Guinea Conakry en 1958 abrieron la marcha anticolonial de las independencias, precedidas por el movimiento no alineado de Bandung y seguidas por la cumbre fundacional de la Organización para la Unidad Africana en 1963, en torno al hábil Negus etíope, Haile Selassie. Pese a la derrota de los partidarios del unionismo panafricano, agrupados en torno a Kwame Nkrumah, el hecho de sentar en un mismo foro a los grupos favorables a las antiguas potencias europeas —los denominados moderados— y a los más dispuestos a una ruptura de vínculos con quienes fueron sus colonizadores —los llamados radicales— la creación de la OUA en Addis Abeba y el acuerdo de promover unitariamente la total descolonización del continente fueron un hecho nuevo en el panorama de la posguerra mundial.

Dirigentes forjados en la contestación colonial o en el autogobierno pactado, de fuertes personalidades y con amplias popularidades, alcanzaron eco en la prensa y en los organismos internacionales: junto a los panafricanistas radicales como Nkrumah, Modibo Keita, Patrice Lumumba o Sekou Touré, y a los moderados Namdi Azikiwe, Julius Nyerere, Kenneth Kaunda o Jomo Kenyatta, aparecían con prestigio propio los anticomunistas Félix Houphouët Boigny, Philibert Tsiranana o el polifacético Léopold Sédar Senghor. En el norte árabo-bereber, políticos con opciones innovadoras completaban el potencial del continente con Gamal Abdel Nasser, Habib Bourguiba y Mohamed V, nada homogéneos entre sí pero indudablemente notorios en el plano de los alineamientos internacionales. A ambos lados del Sahara, África se presentaba súbitamente bien pertrechada, al filo de las independencias, e incluso sus demarcaciones intestinas entre

radicales y moderados quedaban relativizadas por los esfuerzos conjuntos en la tarea descolonizadora de la OUA.

Las sociedades recientemente liberadas de la carga colonial, en los primeros años, dieron su apoyo confiado a quienes fueron sus compañeros de desventura en el pasado y luego el nuevo poder del Estado independiente. Fue en la primera década cuando las estadísticas señalaron una fiebre constructora de fábricas, embalses y unos aceptables índices exportadores de materias primas, antes del despegue de los precios de los productos manufacturados y la devaluación constante de la materia prima afroasiática y latinoamericana. Pero, antes inclusive de las angustias petroleras y financieras de los años setenta, las estadísticas fueron incapaces de detectar la suerte deparada a las industrializaciones y modernizaciones que tan buenas perspectivas parecían augurar: y es que las fábricas no funcionaron nunca o lo hicieron esporádicamente, que la productividad era baja y que el esfuerzo salarial y tributario que se siguió pidiendo a las poblaciones generó un rechazo silencioso y progresivo. A mediados de la década de los setenta, la desafección popular era manifiesta por doquier, ya fuese por causas económicas, ya por distinta manera de concebir la vida, y las más de veces por ambas razones.

Cuando entre 1966 y 1980 los militares multiplicaron sus cuartelazos contra regímenes de ideario panafricanista o simplemente liberal, la desilusión del grueso de clases sociales africanas era lo bastante fuerte para recibir espectadores y, en ocasiones, con alguna ilusión, a los centuriones y sus catecismos desarrollistas. Prevalcieron los militares ligados a las antiguas metrópolis, como quienes derrocaron a Nkrumah, Obote y Keita, pero los hubo también quienes como Kérékou en Dhomey-Benín, Ratsiraka en Madagascar y Ngouabi en Congo Brazzaville se alinearon con el bloque del Este o soviético, al menos en política internacional. Encuadrados por Este y Oeste en su pugna por la hegemonía intercontinental, los analistas de derechas e izquierdas prolongaron al unísono la convicción de que los Estados africanos y sus sucesivos gobernantes desplegaron políticas liberales o socialistas en conformidad con sus discursos y alineamientos mundiales. Pero la realidad usaba senderos menos miméticos.

Quienes todo lo explican por estrategias de bloques han descrito el mantenimiento de regímenes dictatoriales —persecución a opositores, prohibición de libre expresión y represalias feroces contra cualquier demostración de descontento— por las necesidades geoestratégicas de los Estados Unidos, la URSS y sus respectivos aliados. Por supuesto que ese factor jugó muchas veces, pero lo curioso y anómalo —al menos desde un enfoque modernizante— es que la mayoría de regímenes de uno y otro bando coincidían

en soluciones básicas. Los gobiernos llamados moderados o liberales casi nunca renunciaron a preservar buena parte de la estructura moderna colonial en manos del Estado, exactamente igual que los llamados radicales o antiimperialistas. Pero ambos grupos coincidieron asimismo en una escasa, cuando no nula, interferencia en los procesos productivos existentes, fuesen los de autosubsistencia y de mercados antiguos, fuesen los procesos de plantación heredados de la era colonial, algo verdaderamente insólito para Estados de corte moderno, más decididamente intervencionistas contra los espacios económicos (Gunnar Myrdal).

Más significativa era aún la dependencia en los años setenta y ochenta de todos los regímenes africanos de los organismos financieros capitalistas — bloque del Oeste— con casi plena independencia de cuál fuera el discurso político y el voto en OUA y ONU, hasta tal extremo que fue imposible ubicar a uno sólo de los regímenes proclamados marxistas en subordinación económica directa del campo soviético (Enric Lluch). El mayor potencial financiero del Oeste se puso siempre de relieve por los préstamos estatales y privados concedidos a regímenes verbalmente tan anticapitalistas como los de Guinea Conakry, Angola o la misma Etiopía de Mengistu Haile Mariam: las armas e instructores podían llegar de la URSS o Cuba, pero el dinero para sufragar deudas y proyectos de explotación podían proceder de Canadá, el FMI o los mismos Estados Unidos. En la misma línea se situaba la inversión privada occidental —con mayores trabas burocráticas en los regímenes de definición socialista— con una elevada repatriación de beneficios en todos los casos. El Estado independiente, cualquiera fuese su adscripción política, operaba regularmente como inercial en el plano interno y absorbente de préstamos en la esfera internacional.

La colonización había forzado a las poblaciones a producir masas ingentes de excedentes destinados en totalidad a la exportación y había coartado militarmente una constante trayectoria de levantamientos y sordos rechazos. Entre 1945 y 1960, estallidos con decenas de miles de víctimas puntuaron todo el continente con guerras como la malgache, la camerunesa o la kenyata del Mau-Mau, entre las más conocidas (Nazi Boni). Al día siguiente de las independencias, ni siquiera gobernantes impuestos a punta de bayoneta por los colonizadores en retirada (Ahidjo en Camerún o Tsiranana en Madagascar) osaron proseguir la política constrictiva de los colonizadores, ni en impuestos ni en represalias armadas.

Poco a poco, estos Estados perdieron recursos ante la ruina de quienes producían para exportar y el retraimiento de quienes buscaban un sistema de mercado más próximo al suk o bazar que al capitalismo introducido violentamente por la colonización. Liberados del control político-militar, muchos

sectores de las sociedades africanas se distanciaron del circuito de la economía de mercado, absolutamente extrovertida desde una percepción autóctona africana. Los golpes militares, los cambios de régimen incidieron más entre una minoría occidentalizada que en la cotidianidad de la mayoría: la represión, por lo general, fue brutal pero dirigida a los competidores potenciales en la lucha por el control del aparato del Estado moderno: antes de ser derrocado en Ghana, Nkrumah había llenado las cárceles de opositores reales y supuestos, y lo mismo hicieron en el campo aparentemente opuesto Traoré en Malí o Mobutu en el Congo-Zaire.

En realidad, nunca hubo dos modelos modernos de Estado en el África independiente, aunque sí aparecían como socialistas y liberales en los discursos teóricos y en los alineamientos diplomáticos. Es más, el modelo constatable en la práctica interna era uno sólo en múltiples versiones, y por ello unos autores han hablado de Estados neopatrimoniales (Jean François Médard) y otros han empleado la expresión de burguesías burocráticas de Estado (Samir Amin). Tal vez nos sea posible establecer una sensible distinción —rara vez señalada— entre Estados inerciales o escasamente intervencionistas en los procesos sociales y Estados crispados con tentativas discontinuas de modificar las dinámicas sociales: en ambos casos, el resultado ha sido escaso en cuanto a logros modernos, y las dos variantes lo son del modelo que hemos denominado neopatrimonial-burocrático. Incluso sería preferible no hablar de modelo, sino simplemente de contra-modelo, porque carece de los rasgos básicos que se presumen indispensables en un Estado moderno: apenas las formas externas, las leyes y un cierto discurso de desarrollo e igualdad podrían encuadrarse en la órbita del Estado-Nación hoy preponderante.

Con todo, un análisis aceptable exige situar el peso de los bloques político-militares hasta inicios de la década actual. La misma fragilidad de los nuevos Estados, sus graves carencias financieras y militares, les hacía candidatos a golpes desestabilizadores, intervenciones exteriores o realineamientos diplomáticos. Así, aunque el modelo generalizado o contra-modelo de Estado no distó mucho de unas zonas a otras, la acción de las potencias del Norte influyó en las opciones de los sectores occidentalizados que se disputaban el poder estatal: con el acceso del Ejército a la dirección de países como Dahomey-Benín o Etiopía en los años setenta, los sectores estudiantiles y la oposición marxista alcanzó importantes espacios de poder en la administración, paliando las evidentes carencias de los militares, y el recurso a la URSS fue casi inevitable.

No obstante, y por más que la progresión del influjo soviético fue patente en la citada década, el bloque del Oeste no perdió nunca su preponderan-

cia en la mayoría de países: si bien Estados Unidos dejó de intervenir después de los primeros años de independencia, Francia desempeñó el papel más activo en reforzar los regímenes favorables a las viejas metrópolis e incluso promoviendo golpes de Estado contra regímenes que amenazaban con salirse de la órbita moderada o liberal. Tratar de inclinar la balanza en favor de franceses o soviéticos en cuanto a la calidad de sus intervenciones e influencias sería un grosero error, puesto que ambas potencias y sus aliados ocasionales pusieron siempre en primer término la continuidad de regímenes africanos adictos por encima de cualquier necesidad urgente de las poblaciones. Las armas socialistas no dejaron de llegar al Dërg etíope, pese a la política anticampesina de tierras calcinadas, pese a las deportaciones masivas que desencadenaron hambrunas gigantescas y pese a que las guerrillas eritreas y tigríñas eran más sinceras y antiguas en su marxismo. Tropas aerotransportadas francesas impusieron sus candidatos en la guerra chadiana contra la popularidad de otros grupos insurrectos, sostuvieron a Bongo en Gabón y Eyadema en Togo contra sus poblaciones, y combatieron directamente las guerrillas zaireñas alzadas en diversas ocasiones contra un dictador nefasto como Mobutu.

El balance que puede hacerse de la etapa de bloques en África no es nada brillante. Los éxitos estadísticos iniciales mostraron pronto su vacuidad en los hechos, con Estados mal gestionados, infraestructuras en regresión y poblaciones espectantes ante un escenario estatal de conflictos entre una élite con padrinos remotos. Cuando hoy, en la segunda mitad de los noventa, nuevamente las estadísticas retornan a la positividad, la experiencia anterior exige cierto escepticismo a la espera de ver qué sucederá cuando los gobiernos actuales hayan terminado de vender el grueso de propiedades estatales y hayan empequeñecido al límite los ya pocos espacios modernos encarnados en África por el Estado. De igual modo, añorar la etapa presidida por Francia y la URSS, con sus respectivos aliados, por temor al ascenso directo de los Estados Unidos, implica despenalizar un pasado que ha sido una tortura constante para los pueblos del continente, ya fuese en nombre del socialismo o de la democracia: la incipiente hegemonía norteamericana podrá ser tan aciaga como la de sus predecesores, pero por el instante carece del traumatizante curriculum de aquéllos al sur del Sahara y mal vemos que desde París o Moscú puedan darse lecciones sobre buenas maneras en África.

LA SOCIEDAD NEGRO-AFRICANA EN CRISIS

El término crisis puede desorientar por su uso indiscriminado, pero el sentido en que se emplea aquí es el de fusión de elementos diversos en un crisol, el de estado caótico del que surgirá una realidad distinta, con probable desaparición de algunos o muchos factores actuales. Y con el riesgo indudable de que los resultados sean peores que los componentes hoy interpenetrados, porque sólo un ingenuo o un occidental moderno puede creer con fe inquebrantable que todo futuro humano será superior a las fases precedentes en el tiempo cronológico. No entraremos en una disquisición filosófica en esta ocasión, baste recordar que para el autor la crisis africana puede alumbrar órdenes nuevos, pero que la calidad de lo que nazca está ya gravemente condicionada por las miserias del presente y las muchas torpezas del pasado, colonial y anterior. El dato escueto, hoy, es que la confrontación africana se sitúa en un punto sin retorno atrás y que el influjo modernizante camina junto a las rudezas negreras y a las viejas sabidurías. En paralelo al fracaso del Estado moderno, a su parálisis transformadora, marcha desorientada una sociedad que preserva su voluntad de sobrevivir pero que carece de referentes fiables desde los cuales labrar nuevas formas de cultura, de vida social.

La conflictividad es inherente a cualquier sociedad humana y las variaciones regionales lo son exclusivamente de intensidad y frecuencia. No puede pretender el moderno Occidente que su historia ha sido puntuada sólo por convulsiones esporádicas ni que éstas hayan sido de baja intensidad, ni antes ni después de las guerras napoleónicas, si se desea tomar un punto de referencia comparativa. Pero no es menos cierto que los cuatro siglos de predación negrera, el siglo de ocupación colonial y las cuatro décadas de reciente independencia no han sido tampoco un camino de rosas o una historia que no haya dejado rastros duraderos en el presente del África negra: y no porque con anterioridad al siglo XV y XVI, los pueblos africanos viviesen en una inmutable naturalidad hegeliana, sino porque sus ritmos de conflicto y sus modos de superación eran más positivos y menos destructivos. Desde esta perspectiva debe abordarse el presente en el seno de un tiempo largo en el que convergen clasicismo, esclavismo, colonización e independencia. Lo que sorprende del ahora africano no es la conflictividad, sino su intensidad y su carácter altamente destructor.

Para la mayoría de analistas, de izquierda y derecha indistintamente, la causa fundamental de los desajustes es el divorcio entre unos Estados de tendencias dictatoriales y unas sociedades civiles que les son ajenas cuando no hostiles. Los marxistas hablaron en los primeros tiempos independientes de

Estados títere de las antiguas metrópolis o de correas de transmisión de intereses económicos del Norte o centro del sistema capitalista mundial (Gunder Frank). Los liberales hablaron de regímenes corruptos y de burocracias patrimonializadoras que paralizaban cualquier esfuerzo de modernización en lo social y en lo económico (Jean François Médard). Por ello algunos teóricos del primer grupo preconizaron en los años ochenta la “desconexión” de dichos Estados con el Norte (Samir Amin), y otros del segundo grupo han sugerido en los años noventa una democratización profunda de las sociedades africanas por medio de presiones financieras e incluso de intervenciones directas exteriores (Ali Mazrui). En ambos casos, los teóricos modernos —occidentales o africanos— coinciden en la urgencia de desarrollar y democratizar los Estados africanos, con independencia de si la vía a emplear es interna o externa, blanda o dura. Así acabaría la dicotomía entre el Estado y la llamada sociedad civil.

Pero el concepto mismo de sociedad civil es inaplicable a las sociedades subsaharianas, ya que presupone un conjunto de clases o estamentos sociales no sólo con fuerte dinamismo interno —que lo tienen— sino con una clara conciencia colectiva de las necesidades comunes encarnadas por el Estado. Y es en este punto donde el paralelismo con las sociedades modernas termina, porque la conciencia colectiva africana —real y pujante— no se orienta hacia un modelo de Estado que encarna teóricamente unos valores extraños como son la concepción antropocéntrica o individualista de la vida y la idea de un progreso tecno-instrumental a cuyo servicio hay que poner todas las energías, familiares y grupales. Podemos incluso cuestionar la validez conceptual de la sociedad civil en los países del Norte moderno, ya que el esquema original nacía de una contraposición aguda entre el poder del Antiguo Régimen y el Tercer Estado timoneado por la burguesía moderna: sólo en la imposibilidad para el grupo ascendente de reconducir el viejo poder en su beneficio apareció la teoría de que el Estado —cualquier “Estado”— era un cuerpo ajeno a la sociedad real —llamada civil desde entonces— y que todo régimen razonable y moderno debía ser simplemente el resultado de la recién nacida “voluntad popular”. Desde entonces, los tribunos, representantes, ciudadanos y mandatarios han conducido los Estados modernos en nombre de una sociedad civil a la que supuestamente representan en sus más ínfimos deseos.

Hay que plantearse, pues, otro elemento básico para comprender la crisis de las sociedades africanas, y ese factor no es otro que el de la legitimidad del poder en general (George Lenski) y de los nuevos Estados negro-africanos en particular (Jean François Bayart). Mientras que en los primeros años de las independencias, los analistas de todo tipo saludaban a los nue-

vos regímenes y la popularidad de sus dirigentes, a mediados de los años setenta los entusiasmos empezaron a enfriarse a la vista de unos resultados magros sino inexistentes en el plano del desarrollo moderno, y si el cambio de la crítica de izquierda y derecha no fue más perceptible hay que atribuirlo a la cautela hacia los aliados impuesta por la pugna entre los dos bloques mundiales: pero bastaba leer las revistas internacionales de uno y otro bando para descubrir las taras y flaquezas de los Estados africanos del bloque opuesto. Un análisis medianamente independiente, de las exigencias de OTAN y Pacto de Varsovia, permitía calibrar la considerable semejanza de los regímenes africanos protegidos por Moscú y Washington. Por ello, los politólogos y sociólogos de los últimos ochenta y primeros años noventa iniciaron la crítica decisiva: pese a admitir que muchos rasgos estatales de hoy, en África, provienen de siglos atrás y son por ello pasablemente legítimos para las poblaciones afectadas, el talón de Aquiles es la escasa pregnancia moderna del Estado en su acción transformadora.

En suma, se han tardado casi cuatro décadas en reconocer que hay una estrecha relación entre gobernantes y gobernados, y que esa familiaridad es más de tipo antiguo o neopatrimonial que no moderna. Y ha hecho falta que autores africanos occidentalizados planteen abiertamente que la colonización se hizo no sólo mal sino de forma insuficiente (Achille Mbembe, Leroy Vail), y que si se quiere desarrollo y democracia habrá que romper la excesiva connivencia entre unos gobernantes modernos sólo en el discurso y unos gobernados que parecen bastante lejos de querer encaminarse hacia las mieles del productivismo y el antropocentrismo institucionalizado. Hay que preguntarse, entonces, si las lecturas a las que se estaba acostumbrado no presentaron un panorama africano excesivamente lineal y simplificado, con unos poderes primero prometeicos y luego miserables, y con unas sociedades al comienzo esforzadamente calvinistas y más tarde sufriendamente civilistas ante sus fracasados y ajenos gobernantes. Debiera, nuevamente, ser motivo de inquietud que la nueva panacea que se perfila sea la inversión financiera masiva desde el exterior, y su control desde poderes políticos y económicos del Norte, pues como en las fases anteriores África seguirá asignada a fuerzas y orientaciones foráneas.

Volviendo la atención hacia el pasado reciente —esos últimos cuarenta años— podríamos obtener algunas ideas fundamentales sobre el comportamiento social africano. Ante todo, negar cualquier divorcio substancial entre poblaciones y Estados, pese a indudables dictaduras e impopularidades, sobre todo porque la mayoría de veces los gobiernos han sido inerciales, escasamente intervencionistas en las esferas locales y perfectamente patrimoniales en el acaparamiento de recursos exteriores y clientelistas

en sus formas de redistribución, lo cual proseguía una milenaria trayectoria en los sistemas políticos del continente: la supuesta ilegitimidad del grueso de Estados africanos estaba más en la percepción moderna de los analistas que en la realidad social interna del África actual. Los gobiernos ilegítimos han sido aquellos que han tratado de aplicar traumáticamente — y de forma sangrienta muchas veces— procesos modernizadores en lo económico o en lo político: el Estado islamista sudanés o el Estado marxista etíope, entre los más notorios.

Otro dato descollante es la creciente ilegitimidad de aquellos regímenes que, como el mobutista en Congo-Zaire o el militar en Nigeria, han dispuesto de grandes reservas de materias primas explotables y han recibido el apoyo occidental abierto y encubierto, hasta concentrar en pocas manos beneficios gigantescos doblados de represiones masivas contra sectores extenuados de la población. Sin embargo, esta estrecha ligazón de tales gobiernos con el exterior no ha sido un estímulo modernizador para esos Estados, sino una ayuda para desmesuras monstruosas encubiertas por intereses diamantíferos, petroleros y geopolíticos. Si la marginalidad económica, desde el punto de vista del mercado mundial, ha deteriorado la situación de la mayoría de países africanos, la centralidad o notoriedad exportadora ha generado los mayores desastres y desajustes entre gobiernos y poblaciones.

En el pasado siempre hubo diversidad de identidades en los pueblos de una zona, aunque no fueran necesariamente diferencias étnicas, pero sí político-religiosas o de especialización económica regional. Como han señalado recientemente algunos teóricos, es insostenible seguir negando la historicidad de tales líneas de demarcación, perfectamente pertinentes y que hacen que un grupo o una sociedad se distinga conscientemente de otra e incluso organice su andadura política afirmando su radical diferencia, como en la emergencia del fenómeno zulú (Robert W. July) o en el nacimiento de la confederación betsimisaraka (Hubert Deschamps). Así, contra la escuela deconstructivista de la antropología política francesa que ha insistido en la no pertinencia del concepto étnico para explicar numerosas crisis actuales (Jean Loup Amselle, Jean Bazin, Elikia M'Bokolo), se levanta hoy un reconocimiento frontal del factor étnico en la historia lejana e inmediata de las sociedades africanas (Michel Cahen, Claudio Moffa, Christian Coulon, Ferran Iniesta): la peculiaridad del presente es la explosividad del elemento étnico en el marco del Estado moderno, de rígidas fronteras y de pretensiones uniformizantes desde un poder que puede legalmente pretender una unidad, impuesta desde la etnia que controla el Estado y sus recursos, en nombre de un pretendido interés "nacional".

Los genocidios de los Grandes Lagos, primero de tutsi ruandeses y ahora de hutu de Ruanda y Burundi sin punto de refugio en territorio alguno, son una muestra de la irrelevancia escandalosa de ciertos análisis sociólogos que tratarían de situar la diferencia étnica en los limbos de la manipulación grosera de unas clases sociales contra otras. Lamentablemente, la realidad diferencial, en marco estatal moderno y con la carga clasista agravada, se basta y sobra para multiplicar las carnicerías de tipo bosnio en cualquier región del planeta. Las diferencias antiguas, aumentadas por odios históricos en algunos casos, se exacerban cuando una etnia habla desde el nuevo Estado en nombre de la Nación.

Lo mismo ocurre con el aspecto social que Occidente denomina religión, pero que en cualquier cultura no moderna es simplemente una manera de concebir y desplegar la existencia humana en grupo. Desde hace mil años, África ha incorporado progresivamente al Islam en su geografía espiritual, y en los últimos cien años —antes sólo de forma muy limitada— ha admitido al cristianismo en múltiples variantes y adaptaciones, aunque la percepción africana clásica fue siempre tópica, es decir local e integrada a un espacio humano concreto, lejos de misiones universalizantes y de propuestas válidas para pueblos y grupos de diversa trayectoria y personalidad.

Con ferocidad moderna y tenacidad universalizadora, Nigeria o Sudán escinden a sus poblaciones en nombre de la Razón Unica, la religiosa en ambos casos, pero la económica o la política en otros. Y ante semejantes acosos totalizantes modernos, el frágil Estado negro-africano demuestra su incapacidad para resistir y su escasa permeabilidad para flexibilizar su práctica: así se rompieron étnicamente los Estados chadiano, angoleño, somalí, ruandés y burundés, y religiosamente el sudanés y en proporciones menores el nigeriano. Como en el sur senegalés o en el interior liberiano, etnia y religión, atizadas por la desigualdad socio-económica, acercan a los nuevos Estados al estallido o a una parálisis creciente: el genocidio, étnico o religioso, aparece entonces como la vía expeditiva para romper el bloqueo, una solución que carga el futuro de odios ominosos y de igualdades liquidadoras. La quiebra del Estado independiente, su continuidad luctuosa en manos de un grupo contra el resto, en nombre de cualquier Razón, puede que acabe desarrollando la economía de los supervivientes, pero difícilmente restablecerá una historia de multiplicidades y cohabitaciones, para quienes los conflictos fueron normales, pero de alcance limitado y nunca genocida.

La sociedad africana, con sus débiles Estados nuevos, se enfrenta a una agresión mucho peor que la negrera y la colonial, ya que la amenaza no es su desaparición física sino la extinción de sus características históricas, cambiantes pero endocentradas, y con dicha desaparición puede llegar el fin

de las últimas culturas diversas frente a la modernidad. No es el divorcio entre sociedad y Estado, pese a sus indudables contradicciones, lo que desestructura a los pueblos africanos, sino la enorme presión conjugada de un mundo en el que los mitos progresistas y antropocéntricos están exterminando cualquier raíz de diversidad, como dijo el poeta antillano (Aimé Césaire).

EN LA FRONTERA DE OCCIDENTE

Cuando hace exactamente quinientos años —a finales de 1497— el degradado Alvaro Velho escribía para Vasco de Gama que los hotentotes que danzaban en las playas próximas al Cabo de Buena Esperanza “bailaban como negros”, y su música no estaba del todo mal para ser de negros, los tópicos occidentales sobre África y sus gentes sólo estaban iniciando su andadura. Unos cincuenta años después, el cronista João de Barros señalaba en su II Década de Asia que, si fuesen algo más diligentes, los negros del sureste africano podrían extraer más oro y enriquecerse con facilidad, iniciando así el tópico de la escasa laboriosidad negro-africana. Sin embargo, hay dos aspectos que merecen precisarse: Velho no relaciona la peculiaridad musical autóctona con cualquier necesidad de enseñarles la música correcta, y Barros no deja de reflexionar pocas líneas después sobre la posibilidad de que la moderación excavadora negra no fuese tanto por pereza como por un menor valor atribuido a lo que nosotros apreciamos.

Hoy, en pleno triunfo planetario de la expansión moderna iniciada cinco siglos antes, los tópicos no han cesado de fortalecerse y las reflexiones sobre el porqué de las particularidades han cedido el paso a la condena inmediata de cualquier diferencia: hay que erradicar el atraso, la ociosidad, y todo cuanto suponga diversidad respecto a Occidente, el único y fiable rasero de verdad y bondad. Lo que ha reducido la magnitud del desastre para numerosos países africanos, en estos cuarenta años, no ha sido la buena voluntad misional de los occidentales sino la considerable marginalidad económica de esos Estados, con poco que ofrecer al mercado internacional y con unos presupuestos tan magros que ni siquiera han logrado distanciar seriamente a gobernantes y gobernados. Ahora bien, en las postrimerias del siglo XX y con un sólo modelo estatal moderno, las sociedades africanas están soportando la mayor presión de su larga historia, la presión de un orden internacional que interviene incluso por simples razones de homogeneización político-parlamentaria y para evitar el mal ejemplo de las particularidades.

No hace ni una década que la antropología política norteamericana analizaba con flexibilidad e inteligencia la asombrosa vivacidad de la frontera africana en este siglo, pese a la ocupación colonial, pese a las dependencias económicas y políticas de los nuevos Estados (Igor Kopytoff). Parece como si esos trabajos colectivos que radiografiaron toda la complejidad reapropiadora africana de una modernidad de apariencia, y puesta al servicio de objetivos sociales nada modernos, se hubiesen elaborado en la prehistoria, porque nada hoy recuerda que esos trabajos de la escuela de Indiana fueron los últimos en explicitar la poderosa persistencia de las dinámicas internas africanas. Si ahora se habla de comportamientos "de vientre" (Bayart) o neopatrimoniales (Médard) es para señalar taras de un pasado que hay que extirpar para facilitar el advenimiento del desarrollo moderno. Lo mismo sucede con el reconocimiento del tribalismo como una manipulación forjada por los colonizadores (Vail, Meillassoux), y con la que hay que terminar de inmediato para franquear las puertas a la democracia auténtica, aquella que no admite diferencias, al menos no en el presente. Incluso los analistas más respetuosos con las particularidades religiosas y étnicas (Coulon, Cruise O'Brien), consideran ineluctable y necesario el definitivo arraigamiento de los presupuestos modernos, desarrollo y democracia.

En semejante contexto mental, la cooperación y el voluntariado internacional reemplazan ahora a los misioneros y colonizadores de ayer, y desplazan decididamente con la acción militante a los pensadores que fueron respetuosos pero escasamente útiles para el triunfo de una nueva África, aquella que sólo tendrá como particularidad la música occidentalizada o las danzas para exhibición exterior. Tras esa nueva marcha recolonizadora hacia el continente africano, se despliega la política global de un modelo de sociedad único, sostenido por una sola economía, un sólo sistema político y una sola ideología. Puede que ese sea el mal menor, como reflexiona Mazrui, y que cuanto antes triunfe menores serán los sufrimientos africanos, aunque el autor de esta reflexión sigue sospechando que matar mosquitos con napalm puede resultar ecológicamente arriesgado. Tal como ha indicado reiteradamente el kenyata Mazrui, las sociedades africanas no son productivistas ni demócratas, y por ese motivo propone una recolonización de África hecha por Occidente, ya que desde el interior las tentativas han fracasado: la opción democratizadora interna le parece probadamente inviable, así que el recurso masivo a las finanzas internacionales y la presión política directa de los Estados e instituciones del Norte es a su juicio el único camino, al que no vacila en llamar por su nombre de recolonización.

Los años que se avecinan tal vez no sean los definitivos, pero el pulso entre tendencias holistas e individualistas, entre fuerzas capitalistas y autocentradas, entre ideologías de raigambre africana y las de la más incisiva modernidad proseguirá por debajo de las estadísticas oficiales y de las unidireccionales informaciones de los medios de difusión. Las perspectivas de una África reorientada, desde bases propias y con incorporaciones modernas asumidas, son pocas salvo que se confundan deseos con realidades, pero también es cierto que durante más de cinco siglos África ha sido el único conjunto de culturas que se ha mantenido vivo frente al ascenso moderno, y que es el único sector humano que no entrará en el tercer milenio homologado con el Poblado Tribal Planetario descrito por Mc Luhan como el paraíso reencontrado (y que la mala traducción castellana ha resumido en Aldea Global). Lo que sí es seguro, cualquiera que sea la evolución histórica, es que la sociedad africana quedará duramente marcada por las atrocidades del presente y que —de producirse— el triunfo moderno pleno será el cierre de la última ventana abierta que le quedaba a Occidente para respirar de su obsesión asimiladora. Después de África, los monstruos interiores reemplazarán a los africanos e islámicos en la acción salutífera, siempre en búsqueda frenética de una definitiva e imposible unidad perfecta. Pero se me olvidaba que sólo debía comentar las taras africanas y en absoluto las perfecciones propias. Que Nkosi, Amma o Emitai —el mismo Principio supremo— protejan a África, tal como pidió en su día Namdi Azikiwe y más tarde el ANC sudafricano, si así debe ser, porque a lo que alcanza nuestro conocimiento se avecinan tiempos oscuros.

ALGUNAS OBRAS DE REFERENCIA

- AMIN, S.: *La Déconnexion*, París 1985.
- AMSELLE, J.-L.: *Logiques métisses*, París 1989; (ED.) *Nations et nationalismes*, París 1995.
- BARROS, J.: *Da Asia*, Década II, Lisboa 1552, reed. 1973.
- BAYART, J.-F.: *The African State*, Londres 1993.
- BAYART, J.-F.-MBEMBE, A.-TOULABOR, C.: *La politique par le bas*, París 1992.
- BAZIN, J., TERRAY, E. (eds.): *Guerres de lignages et guerres d'État en Afrique*, París 1982.
- BONI, N.: *Histoire des résistances africaines*, París 1978.
- CAHEN, M.: *Éthnicité politique*, París 1994.
- CÉSAIRE, A.: *Discours sur le colonialisme*, París 1945.
- COULON, C.-INIESTA, F. (eds.): *Ètnia i Nació als móns africans*, Barcelona 1995.
- CRUISE O'BRIEN, D.: *Saints and Politicians*, Michigan 1975 .

- DESCHAMPS, H.: *Histoire de Madagascar*, París 1960.
- DUMONT, R.: *África negra ha empezado mal*, Barcelona 1964; *Démocratie pour l'Afrique*, París 1991.
- FRANK, G.: *La crisis mundial. El Tercer Mundo*, vol. II, Barcelona 1983.
- INIESTA, F.: *L'univers africain. Approche historique des cultures noires*, París 1995.
- JULY, R. W.: *History of the African People*, Nueva York 1970.
- LENSKI, G.: *Poder y privilegio. Teoría de la estratificación social*, Barcelona 1977.
- LLUCH, E. (ed.): *Geografía de la Sociedad Humana*, 8 volúmenes, Barcelona 1983.
- MAZRUI, A.: *The African Condition*, Londres 1980; *The Africans: a Triple Heritage*, Londres 1988.
- MBEMBE, A.: *Afriques indociles*, París 1989.
- M'BOKOLO, E.-AMSELLE, J.-L. (eds.): *Au coeur de l'éthnie*, París 1985.
- MÉDARD, J.-F. (ed.): *États d'Afrique Noire*.
- MEILLASSOUX, C. (ed.): *Verrouillage ethnique en Afrique du Sud*, París 1988.
- MOFFA, C.: *L'Afrique à la périphérie de l'histoire*, París 1995.
- MYRDAL, G.: *Asian Drama*, 3 volúmenes, Londres 1970.
- VAIL, L. (ed.): *The Creation of Tribalism in Southern Africa*, Londres 1989.
- VELHO, A.: *Meridiano 76º. Diario del 1º viaje de Vasco de Gama*, editado por A. Planells, Barcelona 1991.
- WALLERSTEIN, I.: *Africa. The Politics of Independance*, Nueva York 1961.

